

ECUADOR: DE RAFAEL CORREA A LENÍN MORENO

Anisley Torres Santesteban

CONTEXTO
LATINOAMERICANO

DIÁLOGOS
EN CONTEXTO

ocean
sur


**ECUADOR:
DE RAFAEL CORREA
A LENÍN MORENO**

Anisley Torres Santesteban (Cuba, 1982). Licenciada en Periodismo por la Universidad de La Habana. Estudios de postgrado en realización audiovisual por Deutsche Welle Akademie. Analista de política internacional en noticiarios y programas de opinión de la Televisión Cubana. Realizó servicios de corresponsalía para televisoras latinoamericanas como Telesur y CM& de Canal Uno, en Colombia. Articulista en la revista *Contexto Latinoamericano*.

**ECUADOR:
DE RAFAEL CORREA
A LENÍN MORENO**

Anisley Torres Santesteban



una editorial latinoamericana

Derechos © 2020 Anisley Torres Santesteban

Derechos © 2020 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-922501-06-6

Primera edición 2020

PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
SUR



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur
info@oceansur.com

Índice

| | |
|--|----|
| Introducción | 1 |
| Continuidad con tintes de ruptura | 4 |
| Una alianza rota | 14 |
| De dos, dos sin completar mandato | 18 |
| El viraje cada vez más radical de Lenín Moreno | 22 |
| Ecuador se subleva | 26 |
| Paquetazos marca ¿Covid o FMI? | 31 |
| Los réditos políticos de la pandemia | 36 |
| Un texto escolar que merece correcciones | 39 |
| Un puesto de mal augurio | 44 |
| El cerco a Correa | 47 |
| Un presidente camaleónico y una presidencia de papel | 51 |

Introducción

Rafael Correa tiene ese no sé qué que enamora, una mezcla de lo físico con lo verbal, con su dosis de personalidad fuerte y el sello de hombre refinado. Me hubiese gustado conocerlo mucho antes de su etapa de presidente en Ecuador, en esos años en que visitaba Cuba casi de incógnito para participar en los eventos sobre economía que organizaba Fidel Castro en el sitio insigne de todo tipo de convenciones en La Habana. Pero fue ya ataviado de responsabilidades que pude pisarle cerca para confirmar que en persona despertaba el doble de atracción.

Me gustaba que no sabía cuánta pasión despertaba en tierra cubana al punto que preguntó, en una de sus visitas, qué significaba «eres un mango» —hombre encantador, interesante, apetecible— porque se lo decían a su paso muchas mujeres. Me gustaba que no era populista, su discurso tenía mucho contenido y poca seducción de masas. Me gustaba que se pensaba las cosas dos veces antes de tomar una decisión trascendental, por ejemplo, ingresar el Ecuador al ALBA fue un acto meditado, no el mero hecho de ir con la corriente de la izquierda. Me gustaba que no le gustaran las reuniones de jefes de Estado en las que se hablaba mucho y se hacía poco. Me gustaba que prefería prendas típicas por encima del traje de etiqueta aún para los grandes eventos.

Me gustaba esa actitud de hacer de Ecuador una casa sin fronteras ni protocolos abierta al mundo y, sobre todo, su voluntad de rescatar la identidad de los suyos, convencer de regresar a los que habían huido, crear oportunidades para todos. Me gustó hasta cuando quiso retirarse de la política, con esa especie de «misión cumplida» y la entrega de la llave de la casa a su elegido. Pero llegó un impostor.

A Lenín Moreno también lo conocí durante un viaje que como vicepresidente de Correa hizo a Cuba. Me pareció una especie de abuelito dulce, comprometido con los pobres de la tierra y sensible a la desgracia del prójimo. Admiré de inmediato la determinación y el coraje de sobreponerse a su propia condición física de discapacitado y no permitir que se le paralizara el alma o los sentidos. El sector sanitario y biotecnológico, la educación especial, los programas sociales de la revolución socialista fueron el blanco de su agenda, muy probablemente confraternizó con alguno de los médicos que años más tarde expulsara de suelo ecuatoriano.

¿Qué tiene el poder que cambia a las personas? Nada, las personas no cambian, dirían nuestros sabios abuelos, solo muestran realmente quiénes son cuando llegan a la cúspide o cuando amasan fortunas. Cuesta a veces creerlo, pero cuando uno conoce la historia de transformación exprés que sufrió un hombre como Lenín Moreno comienza a dar credibilidad al profético mensaje.

Es por ello que, cuando a veces se piensa en proyectos socioeconómicos de corte progresista, se critica la tendencia de los arquitectos del programa político a eternizarse en el poder, a no formar o confiar en un equipo de leales en los que depositar la propuesta de país. Lo ideal sería construir y fortalecer el proyecto para que tenga vida propia más allá del hombre o la

mujer que lo encarne, un proyecto que sobreviva a los cambios de estilo de personas que le aporten en constante dialéctica sin volverlo exclusivo de un ser que pueda tornarse o verse autoritario. Sin embargo, la experiencia de líderes fuertes que han abandonado las riendas por obligación o decisión, pocas veces ha sido satisfactoria; no todos los depositarios del legado han sabido mantener el barco a flote y hay hasta los que han perdido el timón o el rumbo. Sustitutos que transitaron sin impronta y que hicieron a todos echar en falta al guía primigenio.

El Ecuador de Rafael Correa y el Ecuador de Lenín Moreno son dos mundos distintos en una misma porción de tierra. Aquí el fenómeno rompió todos los moldes para hacerse único. Ni siquiera ha sido cuestión de ideologías, ha sido, más que todo, un asunto de honestidad o, mejor dicho, deshonestidad del vicario hacia su apoderante.

Anisley Torres Santesteban

Continuidad con tintes de ruptura

Con la victoria de Lenín Moreno en las elecciones presidenciales de 2017, parecía que Ecuador frenaba la arremetida derechista del hemisferio occidental. La apuesta inicial, por la que votaron los ciudadanos, era entonces la continuidad de un gobierno progresista. Se rompía la cadena de derrotas de la izquierda latinoamericana en el último período. La Revolución Ciudadana impulsada por Rafael Correa había demostrado tener herramientas efectivas para la transformación de la sociedad a través de un modelo económico centrado en el ser humano y no en el capital, que una mayoría de los ecuatorianos quería mantener.

El país que ama la vida

Rafael Correa llegó a la primera magistratura de la nación por la vía democrática. Su revolución fue a través de las urnas y por ello la nombró «ciudadana». Dio prioridad a la reinstitucionalización del país, cambió la Carta Magna, ganó más de una decena de procesos electorales, se legitimó dos veces como presidente y salió airoso de un intento de golpe de Estado, en el que demostró un coraje pocas veces visto en jefes de Estado sin formación ni pasado militar.

Con estudios académicos de economía, certificados por universidades ecuatorianas, europeas y estadounidenses, puso el énfasis en la administración de los recursos y fondos del Estado,

mucho más que en la movilización política, que en su variante de populismo tiene doble filo y a veces se vuelve traicionera. Aprovechando el *boom* petrolero, sacó al país de la parálisis a la que lo había sometido la crisis financiera y revirtió los indicadores más deprimidos hasta ese entonces: reducción de la pobreza, empleo, inversiones.

Convencido de que lo único que logró exportar el neoliberalismo fue seres humanos, centró sus mandatos en rescatar el sentimiento de orgullo y nacionalidad, en hacer fuerte y competitivo al país. A juicio del mandatario, lo que definía al socialismo del siglo XXI, al que le apostó Ecuador, era la supremacía del trabajo humano sobre el capital con salarios dignos, seguridad social y equidad en el reparto de bienes, porque cualquier proceso de cambio verdadero tenía que garantizar la justa distribución del ingreso y las riquezas. Trabajó por hacer de Ecuador una sociedad «con mercado» y no «de mercado». Fueron estas las claves de Correa para revertir «el fenómeno de los promedios» que escondía, a su juicio, terribles realidades: «América Latina es la clase media mundial. Uno puede encontrar ricos más ricos que en Suiza y pobre más pobres que en África».

La gestión correísta tomó tres decisiones trascendentales: renegociar la deuda externa, replantearse los contratos petroleros de modo que cambiara la ecuación rentista a favor del Estado —33 mil millones de dólares ganados que de lo contrario hubiesen ido a parar al bolsillo de las petroleras— y luchar contra la evasión tributaria. En este último punto, triplicó la recaudación fiscal, no por el aumento de impuestos, sino por la eficiencia y transparencia de los ya determinados; cuando quiso establecer nuevos gravámenes a los ricos a través del fallido proyecto de ley, conocido como *Impuesto a la Herencia y Plusvalía*, tuvo una oleada de protestas en su contra.

En lo social, dio gran importancia a la educación. Podría decirse que emprendió una verdadera revolución educativa: Seamos globalizados para compararnos a los mejores (...), para aspirar a lo más alto; un sistema de educación superior que pueda estar entre los mejores del mundo.

En consonancia con que el principal recurso de un país es su gente, duplicó la inversión en ciencia y tecnología y fortaleció la gestión del conocimiento.

Sin embargo, luego de varios años de crecimiento y de encaminar al país hacia la senda del desarrollo, en 2015 y 2016 confluyeron diversos factores internos y externos que hicieron tambalear el proceso de cambio. Correa calificó lo sucedido como «la tormenta perfecta». Primeramente, se produjo el colapso petrolero, se desplomaron los precios del crudo a nivel mundial y hubo que gobernar el Ecuador con cero ingresos. A la par, una caída brutal de las exportaciones, la apreciación del dólar en una economía dolarizada —sin moneda propia— e indemnizaciones millonarias que tuvo que pagar el Estado ecuatoriano al perder una serie de juicios, por demandas interpuestas por las transnacionales, gracias a la connivencia de dichas empresas con los jueces de arbitraje.

Para rematar, en el mismo período se dieron varias emergencias ante desastres naturales: volcanes en acción, inviernos duros, inundaciones severas por el fenómeno de «El Niño costero» y la mayor tragedia del país en 70 años: el terremoto de Manabí.

La oposición culpó al gobierno de la recesión, sin mencionar que la conjunción de estos sucesos impactó directamente en la economía haciendo decrecer en 12 puntos el Producto Interno Bruto (PIB). La derecha también ocultó que el ejecutivo superó la coyuntura adversa de esos dos años finales de la gestión

correísta sin aplicar los acostumbrados programas de ajustes o paquetazos típicos en estos casos. Y es que la decisión política fue no afectar a los más pobres sino poner en práctica otras iniciativas como aranceles extraordinarios a ciertos productos de factura nacional, un ajuste en la inversión pública y una agresiva búsqueda de financiamiento externo para obtener liquidez.

De acuerdo con el presidente Correa, la diferencia en el manejo de la crisis de 1999 y la que tuvo que atravesar su administración radicó en que, en aquel momento, el poder político lo tenía el capital financiero y ahora se había dado un claro liderazgo del Estado a favor de las mayorías, de ahí que afirmara en reiteradas ocasiones que «en Ecuador gobierna el pueblo». Para el estadista, el desarrollo era básicamente un problema político, luego venía la cuestión técnica. Resultaba fundamental preguntarse entonces quién manda en una sociedad.

Los diez años de transformaciones socioeconómicas fueron el centro de los cuestionamientos de la oposición, unido a un ataque directo al estilo confrontacional de Rafael Correa, en múltiples ocasiones acusado de autoritario. El presidente comenzó una guerra contra los conglomerados mediáticos que le hizo ganar detractores entre los sectores ecologistas e indígenas por algunas controvertidas políticas medioambientales.

Pero fueron la ralentización del desarrollo y la contracción económica previa a las elecciones, el blanco de los ataques de la derecha para ganar terreno y propugnar la necesidad de cambio. Se pretendía repetir el escenario, por entonces reciente, de las elecciones en Argentina, negando los avances de la gestión en el poder en materia de salud, educación, infraestructura, política exterior, soberanía de los recursos naturales. Sin embargo, la fórmula de la Revolución Ciudadana —de sortear las dificultades con el menor costo social para la gente— hizo que los ecuatoria-

nos superaran el inmovilismo y la desesperanza. Supieron que, en los comicios generales de 2017, estaba en juego la estabilidad política para una nación que, antes de los dos mandatos de Correa, había sufrido un ciclo de ingobernabilidad con siete presidentes en una década y un total de 12 desde 1978, entre ellos uno por solo tres días y un triunvirato cívico-militar que duró apenas unas horas.

Las urnas

La campaña electoral traspasó las fronteras del pequeño Estado ecuatoriano. Se decidía más que un proyecto político nacional; el continente entero miraba atento el desarrollo de la contienda y los grupos de poder jugaban sus mejores cartas en función de sus intereses particulares.

Fueron necesarias dos vueltas para elegir a un ganador, pues en primera ronda el aspirante por el partido oficialista Alianza País, Lenín Moreno y su vice Jorge Glas —los hombres de Correa— quedaron a solo décimas de obtener sus puestos en el Palacio de Carondelet. Era preciso alcanzar el 40% o más de los votos y al menos diez puntos porcentuales de diferencia con el contrincante más cercano. Lenín logró la distancia necesaria mas no la cantidad de boletas requeridas. Sin embargo, consiguió más de un millón de seguidores por encima de Guillermo Lasso, el candidato presidencial derrotado por segunda vez, pues Lasso también midió fuerzas con Rafael Correa en los comicios de 2013. De no haber habido ocho aspirantes a la presidencia o de existir otro sistema electoral en Ecuador, Lenín Moreno hubiese sido jefe de Estado en única vuelta. Pero hubo que ir a balotaje para finalmente triunfar.

El proceso fue difícil, no exento de intentos de fraude, sabotaje electrónico, amenazas de violencia y desestabilización, incluso chantajes y sobornos, tanto en las campañas como en las votaciones. Resultó favorable para el éxito de Alianza País el referendo sobre cargos políticos y paraísos fiscales en el cual los ecuatorianos decidieron por una holgada mayoría que ninguna persona con aspiraciones de gobierno podía tener cuentas *off shore*. Ello, sumado al escándalo de evasión fiscal del candidato opositor, fue un elemento clave en la victoria de la fórmula Moreno-Glas.

Unos 12,8 millones de electores con derecho y obligación al sufragio tuvieron ante sí dos alternativas: mantener la ruta iniciada en 2007 con el primer mandato de Correa o retomar la senda neoliberal que proponía rescatar Lasso, por demás, un banquero pudiente de la misma estirpe de aquellos que abocaron al país al llamado corralito financiero de finales de los noventa, cuando la crisis del feriado bancario.

El reto mayor fue seducir a ese nada despreciable segmento de población indecisa, poco influenciable por la retórica política, que, en el caso de la derecha, basó su predecible discurso en los errores de la gestión de Correa y las críticas a su personalidad, las cuales recayeron con fuerza en el binomio oficialista.

El legado de la Revolución Ciudadana

El 24 de mayo de 2017 Lenín Moreno recibió los atributos presidenciales por elección ciudadana. Durante su investidura se declaró el jefe de Estado de todos, de quienes le votaron y de quienes no. A su predecesor, el primer agradecimiento: «Los pueblos hacen la historia, pero los líderes aceleran los procesos, y esta Revolución tiene un nombre: Rafael Correa». Sin

embargo, en los primeros 100 días de mandato, el que fuera calificado de «presidente eterno» se convirtió para Lenín en «la mafia» y el «ovejuno» culpable de una profunda crisis económica y de la expansión de la corrupción; comenzó así una confrontación inesperada y estéril entre los dos rostros del progresismo ecuatoriano.

Lenín Moreno asumió la responsabilidad de gobernar consciente de que se enfrentaba a una etapa difícil en la que habría necesariamente que afianzar logros, corregir errores y relanzar al país a un estado superior. Solo que dio un mal paso al señalar con el dedo acusador al anterior gobierno del que había sido parte y heredero, porque su triunfo fue, en buena medida, gracias a la lealtad de los votantes de Correa. Aun así, no vaciló en enviar mensajes de rompimiento con el pasado: «En esta nueva revolución, el mandatario no envía dictámenes», «el que creía tener la verdad absoluta ya no está».

El presidente Moreno no solo se adueñó del discurso opositor sobre el cuestionamiento de los malos manejos económicos de la gestión correísta —aunque hay que tener en cuenta que mantuvo en los inicios el mismo equipo económico que su predecesor— sino que en su plan dialogante, comenzó a estrechar el círculo con sectores de la oposición como la familia Bucaram, concretamente con el hijo del destituido expresidente ecuatoriano Abdalá Bucaram, un mandatario que legó al país una historia triste de verdadera corrupción y reparto de bienes públicos a manos de pequeños conglomerados económicos. Sobre este hecho afirmó Correa: «El diálogo es bienvenido, pero debes saber con quién te sientas a la mesa y no para dialogar con quienes saquearon a Ecuador».

Es así que los ecuatorianos pasaron en poco tiempo del abrazo de sus líderes a un capítulo de traiciones, grietas y

groserías. El campo de batalla principal: Twitter, donde se lanzaron las más duras acusaciones. «Todo lo cínico, traidor y mediocre, será efímero», escribió Correa. Entre las ripostas de Moreno, quien se mostraba al inicio siempre como el más prudente, estuvo: «Para el odio, no cuenten conmigo». Se llegó al extremo de la polarización dentro del mismo bloque oficialista: los que eran fieles a Correa y los que seguían la cruzada de Lenín. Lo que inició siendo un cambio de estilo, mostró luego fisuras y diferencias de fondo que enrarecieron el panorama político para después tornarlo caótico.

Los seguidores de Lenín consideraban que Correa se resistía a dejar la cabeza de gobierno, que podía estar dando síntomas de querer recuperar la presidencia para el 2021 y que medía cada acción de su hijo político con su vara confrontativa. El propio Moreno lo acusó en aquel momento de padecer el «síndrome de abstinencia del poder».

Por su parte, los correístas consideraban desacertado que Lenín quisiera desmarcarse de esa forma de la anterior gestión y que atacase de manera tan enérgica a Correa, dibujando una crisis económica que, de acuerdo con el mismísimo asesor presidencial de Moreno, Ricardo Patiño, no tenía grandes proporciones, era más bien soluble. Más tarde Patiño entendería que no era un simple cambio de casaca del flamante presidente sino un plan macabramente urdido y con hilos superiores, por lo que también se alejaría de quien había dado el oprobioso paso de quebrar el movimiento de izquierda que había gobernado exitosamente por tantos años el país.

Al margen de las discrepancias, el nuevo ejecutivo optó por sostener la dolarización y defender la alianza entre los sectores público y privado. Fue ese guiño al empresariado el que le costó el rompimiento con su segundo hombre al mando, Jorge Glas,

un correísta confeso, incluso, después de la discordia entre sus superiores. Moreno, amante del diálogo, el consenso y la reconciliación, no toleró el desaire del vicepresidente y tomó la primera medida radical: inhabilitar a Glas.

Al dejar clara su toma de partido, defendiendo la postura de su anterior jefe de Estado, Glas se convirtió en inviable para Lenín, al punto que este lo despojó de sus funciones de vicemandatario y lo lanzó a las manos de la justicia por presunta implicación en el escándalo de corrupción de la constructora brasileña Odebrecht. No pudo simplemente cesarlo del cargo u obligarlo a dimitir, tuvo que invalidarlo por decreto presidencial, porque en el caso ecuatoriano es un puesto elegido en las urnas. Alianza País vio fracturado su núcleo con esta divergencia entre el binomio en el poder.

En política exterior, la mirada de Lenín Moreno fue hacia el robustecimiento de la integración regional, fundamentalmente a través de la Comunidad Andina, la Unión de Naciones Suramericanas y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños. Pero aquellas fueron solo ideas de dientes para afuera que manejó en las primeras alocuciones, porque no tardó en abandonar el ALBA, y hasta cerrar la sede de UNASUR en Quito. Posteriormente, comenzó a tener algunos pronunciamientos distanciados de la Revolución Bolivariana, con un discurso plano y apegado a la retórica tradicional en torno a la democracia, más típico de la derecha. «No deja de preocuparnos la cantidad de presos políticos. La democracia es aquella en la que los problemas se solucionan con el diálogo entre todos los actores», expresó. Y finalmente arreció la confrontación al mejor estilo de los países del llamado Grupo de Lima, manejados por Washington.

Justo cuando América Latina y el Caribe vivían una correlación de fuerzas políticas desfavorable para la izquierda, cuando se había querido decretar precipitadamente el fin del progresismo en la región, cuando la derecha se alineaba para retrotraer la época de cambio o «el cambio de época» que definiera el propio Rafael Correa, Ecuador sufría momentos de ruptura y crisis política en lo que aparentemente había sido un proceso de continuidad.

Una alianza rota

Con el cambio de mando en mayo de 2017, Ecuador había entrado en una crisis a lo interno del partido gobernante Alianza País. Tan solo seis meses después de la asunción de Moreno, esa crisis alcanzaba una fase más aguda con el retorno a ese territorio de uno de los antagonistas del conflicto político, el expresidente Rafael Correa. Acababa de concretarse además la inculpación y sentencia al vicepresidente Jorge Glas. La situación se tornaba bien compleja y afectaba, en primerísimo lugar, la credibilidad y futuro del progresismo latinoamericano, y claro está, desestabilizaba a la nación suramericana, desconcertaba a sus ciudadanos y creaba divisiones peligrosas de las que la oposición se podía aprovechar.

Lo primero fue el enfrentamiento irreversible entre Moreno y Correa, que había dividido al oficialismo en dos facciones y en medio de la diatriba, se paralizaba el desarrollo socioeconómico del país. Seguidores de uno y del otro intentaban dominar con exclusividad Alianza País, pues la vuelta a Quito del expresidente, a fines de noviembre de ese año, fue precisamente para participar en una convención partidista que sacase de en medio a Moreno, antes destituido de la presidencia del ente político por la propia organización. En la práctica, el entonces jefe de Estado, haciendo caso omiso a la cesación de funciones que le habían decretado sus correligionarios, seguía asumiéndose como líder de la fuerza de izquierda y pretendía por su lado frenar las

aspiraciones del economista que dirigió Ecuador en la década anterior a su gestión.

Moreno acusó a Correa de tener ansias de poder y se propuso cortarle las alas. Para ello impulsó una consulta popular con el fin de impedir definitivamente la reelección presidencial en Ecuador y evitar así el retorno al Palacio de Carondelet de su adversario político. Correa, quien tras dejar la primera magistratura del país se había ido a Bélgica en plan sabático, regresó con la intención de «parar la traición» de su sucesor que pretendía acabar con la Revolución Ciudadana y establecer alianzas con la derecha. Por supuesto, que no se descartaba entonces una eventual decisión de repostularse en 2021. Aquí también se desató la polémica, pues Ricardo Patiño, exconsejero de gobierno de Moreno, reveló haber sido testigo de que Moreno le dijo a Rafael, anteriormente a la disputa, que le encantaría que fuese candidato a la presidencia en los próximos comicios para que continuase la Revolución Ciudadana. Siguiendo el dicho popular «donde dije digo, digo Diego», Moreno cambió el discurso y se dio a la tarea de sembrar la idea de que su antecesor pensaba más en su reelección que en el país, por lo que «parecería que en más de una ocasión hacía la vista gorda sobre la corrupción», que calificó de «galopante» en el tramo final del mandato anterior.

Justamente la primera cruzada de imputaciones, comenzó por el tema económico. Moreno responsabilizó a Correa de la crisis de la nación, de malos manejos de los recursos públicos y de amparar una red de corrupción. El primero en caer fue un leal correísta, Jorge Glas, a quien Correa defendió siempre y consideró un preso político de Lenin. La respuesta del expresidente Correa fue inmediata y profirió los peores calificativos para su heredero político: desde «traidor» hasta «impostor

profesional». Además del ataque personal, Correa condenó la cercanía de Moreno con grupos de la derecha y exmandatarios de trayectoria nefasta en Ecuador, como Abdalá Bucaram, y de revertir proyectos importantes de su legado como la Ley de Medios.

A esa altura de la disputa, Glas enfrentaba una condena de seis años de prisión por ser encontrado culpable —sin apenas evidencia y con irregularidades en su proceso de instrucción— de un delito de asociación ilícita en la trama de corrupción por los sobornos de la empresa brasileña Odebrecht. Esta compañía de construcción había estado involucrada en una red de pagos ilícitos a nivel regional en más de una decena de países, pero cada caso había sido manipulado acorde a intereses políticos, unos debidamente silenciados, otros expuestos y usados contra presidentes y otros altos cargos que una élite económica necesitaba destronar. Como parte del veredicto del juez, Glas debería pagar —junto a los demás acusados— 33,5 millones de dólares, cifra que se correspondía con el monto de las coimas de la transnacional brasileña a funcionarios ecuatorianos.

Tras el fallo judicial, comenzó un largo camino de apelaciones y otros recursos en las distintas instancias para sortear la condena contra el segundo hombre del país que no pretendió nunca renunciar a su puesto y no podía ser removido así, sin más, por el presidente, pues se trataba de un cargo de elección popular. Cuando más, había que realizarle un juicio político por la Asamblea Nacional para destituirlo. Pero Moreno sí se tomó el trabajo de retirarle —vía decreto ejecutivo— las funciones a su compañero de fórmula.

Al conocer la noticia Correa dijo: La condena es una vulgar y cruel persecución política con las más grandes aberraciones jurídicas. El mundo debe reaccionar. Jorge Glas es totalmente

inocente. Busquen ustedes una sola prueba contra él, no existe, se está condenando a inocentes sin pruebas.

El exmandatario aseguró además que el caso Glas era parte de una «estrategia regional» y denunció que «la judicialización de la política es la nueva forma de perseguir a los líderes progresistas de América Latina», ello en franca referencia a lo sucedido con los brasileños Luiz Inácio Lula Da Silva y Dilma Rousseff, así como con la argentina Cristina Fernández.

No tardaron los que simplifican el fenómeno dentro y fuera de los medios de comunicación en definir el escenario como una especie de «juego de tronos». La ruptura entre los dos rostros del milagro ecuatoriano, de los dos líderes otrora camaradas, fue un hecho consumado, y lo que estaba en duda y en vilo era la continuidad de un proyecto social. Y si bien un proyecto no puede circunscribirse a un solo hombre, los liderazgos son importantes a la hora de marcar el rumbo y sostener su permanencia en el tiempo.

De dos, dos sin completar mandato

Dos veces, en apenas un año y medio de gestión presidencial, Ecuador quedó sin vicepresidente. En las dos ocasiones la vacancia estuvo asociada al fenómeno más extendido en la cúpula política de América Latina, particularmente después del destape de los Papeles de Panamá y del escándalo de sobornos de la multinacional Odebrecht: la corrupción. Solo que el tratamiento dado a cada uno de los vicemandatarios salientes fue distinto y el asunto no terminó con la elección, en el seno de la Asamblea Nacional, de la tercera persona en asumir el puesto de «número dos de Lenín Moreno».

Hay que partir de un elemento central, en el país andino que alberga la mitad del mundo, el cargo de vice es de elección popular, no de designación. Es decir, los ecuatorianos deciden, en comicios que, por demás, son de carácter obligatorio, la fórmula presidencial que los gobernará por cuatro años. Ello indica que, para cesar de funciones al segundo hombre al mando, deberá presentar este su renuncia o, si estuviera ausente de su labor por tres meses, sería inhabilitado por el Congreso, según establece la Constitución. Pero sucede que Jorge Glas, el primero de los vicemandatarios de Moreno —con experiencia por dos mandatos anteriores como binomio de Rafael Correa— fue destituido mediante decreto presidencial por el mismísimo Lenín, quien enfilara sus cañones hacia él, convirtiéndole en el chivo expiatorio de la cruzada que emprendió contra su otrora

aliado y correligionario Correa. Glas fue prácticamente etiquetado como el rostro visible de la corrupción que el presidente Moreno le achacase a su predecesor, marcando una ruptura con el legado de la Revolución Ciudadana, distanciándose del proyecto de país y creando dos corrientes a lo interno del partido en el poder.

Glas no fue salvado de acusaciones que, como en casos similares en Latinoamérica, no han sido debidamente probadas y donde ha primado el uso del aparato judicial como arma política. Guardó prisión de inmediato a su inculpación —con una condena de seis años en las espaldas— a pesar de no haber tenido un juicio conclusivo, y como señal de protesta a su condición y tratamiento —fue trasladado a una cárcel de máxima seguridad como si se tratase de un preso común con delitos de asesinato— emprendió huelgas de hambre que quebraron en extremo su salud. Llegó, incluso, a sobrepasar los dos meses sin ingerir alimento, sin embargo, los signos peligrosos de debilitamiento no sirvieron de mucho para sus carceleros o decisores.

Pero volviendo a la crisis de poder, poco después de la salida forzada de Jorge Glas, se hizo con el cargo María Alejandra Vicuña, quien hasta ese momento se desempeñaba como ministra de Desarrollo Urbano y Vivienda. Acorde con lo que establece la carta magna ecuatoriana, fue seleccionada por el legislativo de una terna —tres candidatos— que propone el presidente, pero iba con ventaja al haber fungido como vicepresidenta encargada, también por decreto presidencial, en el corto período que Moreno cesó a Glas.

Vicuña ni siquiera pudo cumplir su primer año en funciones. En noviembre de 2018, fue señalada por recibir cobros ilegales; poco después renunció, y a días de su dimisión, salieron publicados en medios locales las cifras exactas y los bienes rela-

cionados con el presunto patrimonio no declarado por la exvicemandataria. Sin embargo, los pronunciamientos de Moreno sobre el tema fueron moderados, si se comparan con los esgrimidos durante el caso Glas. Se limitó a expresar que liberaba del cargo a la señora María Alejandra para que «pudiera ejercer sin interferencias su derecho a la legítima defensa». No sucedió así con el antecesor de Vicuña, a quien Lenín no dudó en imputar mucho antes de una sentencia en firme, evidenciando un grosero y descarado doble rasero.

Para solucionar el nuevo vacío legal, se pusieron otras tres opciones sobre la mesa a disposición de la votación parlamentaria: Otto Sonnenholzer, Nancy Vasco y Agustín Albán. Nombres todos que levantaron gran polémica porque muchos los consideraron tres perfectos desconocidos en el ámbito político, pues no pertenecían a ningún partido nacional, y sus raíces estaban en el sector empresarial. De hecho, comenzaron a saltar las alarmas al saberse que los conglomerados de al menos dos de estas personas, Sonnenholzer y Vasco, habían tenido contratos con el Estado, que ahora salían a la luz pública en busca de verificar su completa legalidad; y el tercero, Albán, residía en el extranjero y no tributaba fiscalmente en Ecuador. Sin embargo, Lenín Moreno aseguraba que todos tenían un pasado transparente.

Aun en medio de la resistencia y de las numerosas críticas a los postulados, salió victorioso el favorito, el economista devenido periodista Otto Ramón Sonnenholzer Sper. Con 35 años, de ascendencia alemana y director de una emisora radiofónica en Guayaquil, asumió desde el 11 de diciembre de ese año la vicepresidencia tras obtener el voto de 94 miembros, de un parlamento unicameral de 137 curules, para completar el cuatrienio de gobierno. Hubo 27 votos en contra y 7 abstenciones en una sesión en la que estuvieron presentes solo 128 asambleístas.

La gran pregunta, que no tardaría demasiado tiempo en responderse, era si el elegido llegaría a fin de mandato, sin deberla ni temerla, y Ecuador calmaría sus aguas en materia de estabilidad política, pues desde la asunción de Moreno, el país permanecía bastante dividido, sobre todo dentro del oficialismo.

El viraje cada vez más radical de Lenín Moreno

Cuando restaban pocos días para las elecciones seccionales en Ecuador y unos dos meses para que se cumpliera el segundo año de mandato del presidente Lenín Moreno, la izquierda en la región observaba, con una mezcla de asombro y decepción, la metamorfosis del mandatario otrora progresista y en ese minuto cuasi aliado de lo más radical de la derecha dentro y fuera de la nación.

Al comienzo, cuando se desató la confrontación con su predecesor Rafael Correa, el hombre que por demás lo llevó de la mano y con su capital político a ocupar el puesto más alto de la nación, parecía una historia de desencuentros y rencores; surgía la duda de si realmente era una cuestión bilateral con Correa o el verdadero distanciamiento con el proyecto de Revolución Ciudadana. Tiempo después, resultaba cada vez más obvio que, a pesar de un discurso conciliador y de subrayar las buenas intenciones de su gobierno para con los más necesitados, Moreno había dado un viraje tal hacia posiciones neoliberales y de alineamiento con Estados Unidos, que había despejado toda confusión inicial sobre sus desavenencias con el correísmo — al que también perteneció activamente— como única causa de la crisis política del partido en el poder, para ratificar la tesis que

lo ubicaba en el extremo de renegado confeso del proyecto que se tradujo en década ganada para los ecuatorianos.

Tanto a lo interno de su gestión como en política exterior, sus decisiones imitaron las de presidentes derechistas en el área. En un país que logró divorciarse del Fondo Monetario Internacional, ahora Moreno permitía el regreso de este y otros organismos financieros extorsionadores, una entrada por la puerta ancha, aceptando millonarios préstamos y, a cambio, cediendo a las sabidas presiones que tal «generosa» dádiva trae consigo. De ahí las recetas de austeridad que tuvo que aplicar al estilo de Brasil y Argentina: dejar sin trabajo a no pocos funcionarios del sector público, reducir ministerios, aumentar el precio de los servicios, disminuir o anular subsidios y recortes al gasto social.

En su afán dialogante, estrechó vínculos con sectores opositores dentro de Ecuador que a la postre, lejos de crear armonía, comprometían su proyecto y lo condicionaban a las exigencias de aquellos con intereses corporativos.

Su obsesión mayor fue emprender una lucha contra la corrupción, mal del que responsabilizaba, en primerísima instancia, a la administración de Correa, sin embargo, se hizo acompañar de figuras en su gabinete con un historial turbio y hasta él mismo terminó cayendo envuelto en un escándalo de adquisición de bienes a través de una empresa *off shore*, en lo que ya trascendió como *INA Papers*.

El proceso judicial partió de pruebas de audio, pero avanzó con pies cansados pues la justicia a veces era todo menos ciega, con lo cual ni justa ni mucho menos imparcial. América Latina bien sabía de eso. Lo jurídico había pasado a ser el mecanismo político más manipulable del momento por las élites de poder,

por lo cual, inocentes iban a la cárcel como mismo culpables disfrutaban de la más absoluta impunidad.

Hacia fuera, el escenario evidenció mucho más claramente la ruptura con lo que un día fue la alianza de la izquierda en la región. Salida del ALBA, negación de la UNASUR, aspiraciones por entrar en la Alianza del Pacífico y voluntad expresa por ser parte de un nuevo organismo como PROSUR que había surgido de las maquiavélicas ideas de jefes de Estado como Iván Duque y Sebastián Piñera con intenciones claras de destruir la integración soberanista de las naciones latinoamericanas e institucionalizar la arremetida contra los últimos reductos del progresismo.

Con tal panorama, el descontento social iba en aumento y la imagen del mandatario en picada; los sondeos de entonces ubicaban su popularidad en apenas un 30%, cuando poco después de su investidura superaba el 70%. Y ya para octubre de 2020, un ranking de imagen presidencial en Latinoamérica, de la ONG Directorio Legislativo, relegaba a Lenín Moreno al último puesto entre 14 mandatarios con una ecuación sumamente desfavorable: 7% de aceptación frente a un 90% de desaprobación.

Dejó de ser entonces una cuestión de morenistas o correístas, o una simple pugna de líderes. Tampoco se reducía a la fragmentación de la gobernante Alianza País. Era un fenómeno más complejo que pasaba por la ambigüedad de un presidente que se reconciliaba con la prensa crítica de la izquierda para mostrarse tolerante y menos caudillo, pero que privatizaba importantes empresas públicas; hablaba de invertir en educación, construir viviendas y priorizar a las minorías sociales pero aumentaba indiscriminadamente la tasa de desempleo y hasta mostraba síntomas de xenofobia; decía que quería gobernar con todos y para todos y reformaba el ejecutivo al punto de crear

una estructura paralela de gobierno que lo eximía de responsabilidades al delegar en cuatro secretarías las funciones principales, para muchos unas vacaciones indefinidas bien pagadas. Proponía apostarle a un socialismo «menos caduco» que el definido como «del siglo XXI» pero llamaba dictadores a presidentes como Nicolás Maduro por apostarle a un régimen socioeconómico distante del capitalismo. Salvo su declarada enemistad con Caracas, Lenín Moreno no manifestaba en aquel momento inicial una postura clara en la arena internacional, aunque si se leía entre líneas su accionar, había más cercanía y coqueteo con la derecha hemisférica que con la izquierda a la que supuestamente representaba.

En casi dos años de gestión, llovieron las críticas de Moreno al legado de Rafael Correa, pero no las soluciones. No supo resolver el endeudamiento que, más allá del heredado, fue en aumento. La crisis económica que se inició con la caída de los precios del petróleo y se agudizó por otros factores externos durante el último período de Correa, se prorrogaba en el tiempo sin alternativas viables.

Ecuador se subleva

El lobo renunció definitivamente a usar su traje de cordero. Cuando Lenín Moreno asumió oficialmente la presidencia del Ecuador, dejó atrás la sonrisa amigable que mostró en un inicio para celebrar el triunfo junto al principal artífice de su victoria, Rafael Correa. No tardó en dar signos de distanciamiento del proyecto heredado, del que él mismo fuera parte como vicepresidente en una primera gestión administrativa. Apuntaba a una continuidad con tintes de ruptura, pero a la luz de los acontecimientos, 28 meses después, las evidencias indicaban que jamás fue su intención ser coherente consigo mismo —o al menos con la imagen que había proyectado hasta ese momento— y leal a su compromiso con quienes lo condujeron hasta la cima del gobierno.

Los pasos iniciales fueron confusos para el segmento más reticente de una izquierda que no podía creer que se tratase de una traición manifiesta. Muchos prefirieron atenerse al cuento de discrepancias con Correa por asuntos de carácter o de estilo, mientras bajo un discurso conciliador en demasía fue deslizando acciones propias de gobernantes más a la derecha en la balanza política hasta que finalmente abandonó el disimulo: puerta abierta a los acreedores internacionales al más auténtico sello de las políticas neoliberales y, en consecuencia, medidas domésticas diseñadas por esas instituciones financieras que son generosas en principio y aves de rapiña acto seguido.

Así llegamos al escenario de octubre de 2019. El país se enfureció y se revolvió por un «paquetazo» decretado por Moreno para responder a las exigencias que venían acompañadas por el préstamo del Fondo Monetario Internacional (FMI) quien prometió una jugosa suma de poco más de 4 200 millones de dólares, de los cuales ya había erogado unos 900 millones, a cambio de que el gobierno beneficiado entrase por el aro de los ajustes de la misma forma que todos los demás. Y es que el Fondo, más que una entidad bancaria, juega su rol político, se convierte en el instrumento perfecto para estandarizar a nivel global un modelo económico funcional a los intereses de mercado.

El presidente ecuatoriano pretendió justificar sus decisiones para calmar a la ciudadanía, pero fue en vano. Había una crisis fiscal en la nación —ciertamente no había dinero en las arcas del Estado— que él prefirió aprovechar para atacar a su oponente, otrora aliado, el expresidente Correa, acusándolo de ladrón. Mas la crisis no era nueva y tenía orígenes bien definidos entre los años 2015 y 2016 con el fin del *boom* petrolero, la caída en las exportaciones, la apreciación del dólar en una economía dolarizada como la ecuatoriana y otras coyunturas marcadas por una sucesión de desastres naturales.

Moreno asumió un país inestable, pero en vías de recuperación. Lejos de enfocarse en el manejo de la situación económica siguiendo el plan de su antecesor —no afectar a los más pobres, fijar aranceles extraordinarios a ciertos productos de factura nacional, ajustar la inversión pública y emprender una búsqueda de financiamiento externo para obtener liquidez— optó por la receta contraria, pedir prestado, cuando aún no tocaba fondo, y hacer que los ciudadanos pagasen el alto costo de la deuda. Al igual que la Argentina de los Kirchner, el Ecuador de Correa había logrado renegociar su endeudamiento externo, un

esfuerzo que Moreno anuló de un plumazo al firmar el acuerdo con el FMI.

El que prometió gobernar para todos cuando recibió la banda presidencial era el mismo que ahora eliminaba el subsidio a los combustibles, provocando de inmediato la subida del precio de la gasolina y el diésel; el mismo que reducía las vacaciones de los empleados públicos de 30 a 15 días y rebajaba en un 20% algunos salarios, por solo citar las determinaciones más impopulares y de impacto en las mayorías. No obstante, la indignación masiva fue por el aumento de las tarifas al carburante porque era la única medida que se ejecutaba *ipso facto*, el resto necesitaba la anuencia parlamentaria. Además, las altas cotizaciones de los derivados del petróleo provocaban un efecto dominó: se encarecía el transporte, los servicios fundamentales y los alimentos.

Suficientes motivos para que una ciudadanía, ya inconforme con medidas anteriores, tomase las calles exigiendo una reversión de los más recientes anuncios. Los transportistas fueron los primeros en convocar a un paro nacional, pero ellos, como en tantas otras ocasiones, terminaron cediendo por presiones de sus empleadores privados. Aun así, el ambiente quedó caldeado para el grupo que luego permaneció firme en los reclamos. La masa indígena ecuatoriana se movilizó a nivel nacional y dijo no ceder hasta tanto el ejecutivo diese marcha atrás. Parar a los indígenas era mucho más complicado porque se trataba de una comunidad prácticamente autónoma, sin compromisos con otras élites y que se sabía fuerte, pues en el pasado había derrocado gobiernos y puesto a tambalear a otros. Máxime cuando ahora, para plantarle cara a Moreno, estos descendientes de pueblos originarios no se limitaron a protestar desde sus tierras y decidieron tomar Quito. Era en la capital donde se ganaba la batalla, donde resultaba difícil silenciar la lucha.

La situación subió de tono en pocas horas, los enfrentamientos se volvieron violentos y de inmediato se complejizó el panorama. El gobierno no veía las protestas como comunes o pasajeras cuando optó por una respuesta extrema: declarar el Estado de Excepción y mudar el puesto de mando. Moreno no solo huyó de Carondelet —y de la provincia— como si temiera un ataque, sino que desalojó a periodistas allí reunidos a la espera de una rueda de prensa ante la que jamás compareció. Luego apareció en televisión desde Guayaquil escoltado por el alto mando militar para hablar de «golpe de Estado» y culpar a Nicolás Maduro y Rafael Correa de instigar a una desobediencia civil, una buena —aunque reciclada— estrategia para desviar la atención de lo importante y urgente, porque bastante mal parado lo dejaba esa fuga. Capitán que se respete no abandona el barco en pleno naufragio, ni muchos menos se escuda en el bote salvavidas, que es lo que venía siendo la ciudad a la que migró, fuerte de la derecha.

Lenín Moreno copiaba un estilo que él mismo había criticado, el de achacar el descontento de casa a conspiraciones externas. De haber algo de cierto, no estaría más que probando de su propia medicina, pues su posición frente al escenario venezolano había pasado de la pasividad de considerarlo «un asunto interno», recelo mediante, a ser un activo crítico que formaba parte de las componendas regionales para condenar la resistencia chavista. Si en su momento el hervidero popular en las calles de Caracas era, según su criterio, expresión de auténtica democracia, y al intento de orden por parte de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana lo calificaba de represión y sumaba su voz a la presión internacional para que Maduro atendiese el clamor ciudadano y abandonara el poder; ahora, en su caso, desplegar a sus militares en las calles ecuatorianas

y coartar las libertades civiles le parecía legítimo; había dicho más de una vez que desoiría las peticiones de los manifestantes y calificaba de «zánganos» a quienes le habían puesto la jugada en jaque.

La espontaneidad del estallido popular era, en cambio, difícilmente cuestionable si se tenía en cuenta que en un país todo pasa por la estabilidad del precio del crudo. Que haya habido inmediatamente una articulación de la protesta también era probable y hasta necesaria si se quería perseverar en los objetivos. Una cosa era la organización de un descontento social para que madurase en sus propósitos políticos y otra bien distinta inventarse un complot para quedar como víctima cuando se era el claro victimario.

De la fuerza y perseverancia de la gente indignada dependería el actuar del mandatario ecuatoriano. Moreno tenía ante sí una disyuntiva: retirar su programa de ajustes para calmar los ánimos ciudadanos o mantenerse firme para no tener que enfrentar la ira de los buitres ansiosos por recuperar sus dólares. De ceder o flexibilizar alguna de las medidas, los ecuatorianos debían estar obligados a no bajar la guardia y estar alertas, porque de sus bolsillos, sí o sí, saldría la plata para pagar a los acreedores. Por esta vez, a Lenín Moreno, como al resto de los mandatarios de la región que les explotó la rabia de la gente en sus narices, una pandemia llamada Covid-19 le salvó la campana.

Paquetazos marca ¿Covid o FMI?

El nuevo coronavirus, responsable de la enfermedad denominada Covid-19, desató un caos global. Mucho antes del reconocimiento oficial por parte de la Organización Mundial de la Salud, el pánico se propagaba a velocidad mayor que los contagios, sin embargo, hubo a quienes la situación le sirvió de pretexto ideal.

Fue el caso del presidente ecuatoriano Lenín Moreno. Con el virus de moda como justificante principal, lanzó en marzo de 2020 un plan de medidas, según él de contingencia, pero que en la práctica se acercaba demasiado al paquetazo que pretendió imponer cinco meses atrás, cuando el coronavirus no pensaba ser portada diaria en periódicos y noticieros. En aquel entonces, una sublevación popular que, incluso llevó a que Moreno abandonara el Palacio de Carondelet y se refugiara fuera de Quito para gobernar, impidió la concreción de las impopulares decisiones de su administración.

El ejecutivo morenista dejó calmar las aguas, en gran medida a costa de los confinamientos por la pandemia, pero volvió a retomar su pliego de recortes porque veía peligrar los dólares del Fondo Monetario Internacional. El organismo acreedor le prometió préstamos millonarios, como es costumbre en plan salvador de una economía agonizante, para después sentirse con la potestad de ordenar cómo los ecuatorianos debían estructurar su economía. Lo curioso del momento era que, por

esta vez, Moreno se adelantaba a las exigencias del Fondo, desplegaba sus reformas sin ningún ultimátum del FMI, todo lo contrario, la entidad financiera había anunciado a todos sus deudores medidas de relajación de sus compromisos, acorde con el contexto de emergencia sanitaria.

Aun así, Moreno quiso hacer un guiño amistoso para apresurar los préstamos. Al darse las protestas de octubre de 2019, no pudo implementar las recetas dictadas por la entidad financiera, lo que hizo que el Fondo no cumpliera con los plazos fijados previamente. De hecho, tocaba en marzo la erogación de una jugosa tajada y, en vistas de que aún no asomaba el dinero, el mandatario ecuatoriano se sacó un par de ajustes de debajo de la manga para congraciarse con el prestamista radicado en Washington, y a sus ciudadanos les contó el cuento chino, nunca mejor dicho, del coronavirus y sus estragos en el país sudamericano.

Ciertamente, en Ecuador había ya en marzo enfermos de Covid-19 que propagaban aceleradamente el contagio, por lo cual aumentaban a igual ritmo las personas en cuarentena con vigilancia y monitoreo por sospechas. Cierto también que la venta de petróleo siempre ha sido la principal entrada de divisas de la nación y que el precio de ese recurso se había desplomado a causa de la pandemia. Se complejizaba así una crisis que ya estaba bien crítica pues la deuda externa a esas alturas era abultadísima y las arcas del Estado seguían vacías. Para librar responsabilidad, aún a casi tres años de gobierno —como que ya era hora de haber hecho algo, de haber tomado cartas en el asunto y no llorar como un niño que no encuentra su chupete— Moreno seguía tirando la culpa para atrás, para esa otra gestión de Rafael Correa, a la que parece se le olvidaba que perteneció activa y protagónicamente.

Se le olvidaba también que la crisis empezó mucho antes y que tuvo factores internacionales, al margen de los supuestos malos manejos económicos de su predecesor y padre político, que tuvieron que ver con un panorama similar de caída de los precios de las materias primas y una desaceleración regional. Todo ello aumentado por la ocurrencia de desastres naturales y no pocas agresiones externas para abortar los procesos progresistas del área.

Lejos de estudiar las soluciones que pusiera en práctica el gobierno de Correa, Moreno optó por calcar el *modus operandi* capitalista y traicionar la esencia del proyecto de Revolución Ciudadana que lo llevó al poder, como también defraudar a su partido y correligionarios.

Fue por ello que decidió eliminar instituciones públicas, fusionar ministerios y, encima, se quiso pintar de buena gente porque aún no decretaba despidos masivos. Anunció, eso sí, cruentos recortes presupuestarios con la caritativa advertencia de que la salud no se vería afectada. ¡Qué buen gesto! Faltaría más en medio de una emergencia sanitaria que se salía de control en muchos países, pero con particular crudeza impactaría al Ecuador. Otra vez arremetió contra los trabajadores del Estado. A fines de 2019, les pedía donar un mes de trabajo y ahora los obligaba a aportar un porcentaje de su salario, pero solo de forma temporal. Habría que ver cuán flexible sería el período de contribución. Y esto era el comienzo de un largo listado de reacomodos para cumplir por adelantado las obligaciones con el FMI. Vendrían más medidas extraordinarias, siempre pensadas para asfixiar al de abajo y no al de arriba, por más que quisiera maquillar la realidad el señor presidente.

Lo peor de todo seguía siendo la piel de cordero. Mantenía su discurso para con los pobres de la tierra y se cuidaba de

interpretar a un Bolsonaro, aunque en el fondo se le cayese el disfraz cuando, por ejemplo, no condenaba el abuso sexual a las mujeres, sino que lo intentaba justificar, al apludir el trabajo infantil, o cuando atacaba a la comunidad médica y la acusaba de lucrar con las desgracias de la gente.

Mientras a su par brasileño le daba por decir que los medios exageraban sobre el coronavirus, Moreno sacaba provecho de la epidemia. Por si fuera poco, intentaba sosegar a la población con que, para contener esta nueva emergencia, también pediría prestado otros 60 millones de dólares. Al parecer todo lo resolvía con estirar la mano y que después pagase el pueblo. A su favor tenía en ese minuto que, a diferencia de su paquetazo anterior, esta vez la movilización popular podía verse menguada por el miedo a la propagación del virus. Las principales organizaciones gremiales y sociales del país mostraron de inmediato su rechazo a las disposiciones anunciadas por el ejecutivo, pero no dieron indicios de que se produjera un estallido similar al de octubre de 2019.

Al tiempo que Moreno cumplía disciplinado y con notas sobresalientes la agenda neoliberal, mantenía a raya cualquier eventual resurgir de su antagonista Rafael Correa. Contra el expresidente se ensayaba el mismo modelo de persecución judicial para impedirle su participación en las elecciones de 2021. Si bien Correa no podía aspirar a gobernar nuevamente el Ecuador pues ya había quedado proscrita la reelección indefinida en un referendo auspiciado por el propio Lenín Moreno en 2018, podía presentarse como fórmula vicepresidencial o candidato a asambleísta. En ambos casos, debía quedar absuelto de los cargos que enfrentaba y por los cuales la Fiscalía le pedía unos ocho años. Pesaban sobre él órdenes de prisión preventiva por las cuales sería apresado de inmediato si decidía regresar al país.

De más decir que cambiar tal escenario era bastante improbable puesto que la administración de Moreno también se había encargado de poner a dedo a las figuras claves en los puestos claves de los distintos poderes. Una trama bien urdida para asegurarse que, aunque él no pudiera repetir mandato por su ya elevada desaprobación, tampoco pudiese retornar un gobierno de corte correísta o con aspiraciones prosocialistas.

Los réditos políticos de la pandemia

Durante todo 2020 no ha habido manera de abstraerse del dichoso coronavirus. El mundo se paralizó, se puso patas arriba, intentando salir a flote en medio de tanta vida arrancada y otras muchas marcadas por el dolor de las pérdidas. A la política también se le echó el freno de mano: campañas electorales en pausa —menos Estados Unidos, claro, porque el coronavirus era una calamidad pasajera según el que lideraba entonces el bote «hundevidas» allí—, comicios pospuestos, controversias detenidas, proyectos legislativos engavetados. No obstante, a río revuelto, hubo un par de aprovechados y deshumanizados pescadores políticos que engordaron el jamo.

En América Latina, que tardó como región en tener sus primeros reportes de contagiados, el coronavirus amordazó las ansias de rebelión de pueblos que concatenaron sus hastíos y desesperanzas para alzarse contra gobiernos corruptos e inoperantes. Después de tantas décadas de aguantes, una sublevación que parecía bien ensayada, daba esperanzas a la clase trabajadora y al estudiantado, y ponía en jaque a gobernantes que parecían inamovibles de sus cómodos asientos vitalicios, cuando de pronto apareció un enemigo invisible que mandó a todos a sus casas y dejó las calles, que hasta ayer eran un hervidero de gente, completamente vacías.

No hizo falta la represión de los carabineros chilenos, o los métodos de guerra del colombiano Escuadrón Móvil Antidis-

turbios, o el ejército brasileño ni el ecuatoriano para disuadir manifestaciones. Vino, casi que oportunamente, una partícula microscópica a hacerle el trabajo sucio a Sebastián Piñera, Iván Duque, Jair Bolsonaro y, por supuesto, también a Lenín Moreno. Si no fuera porque a estos personajes se les armó un rollo muy gordo en materia sanitaria por las malas respuestas a la contingencia, bien podría decirse que la adversidad de otros se convirtió en música para sus oídos.

Moreno estuvo entre los aventajados en eso de aprovechar el virus infeccioso y echarle la culpa de lo que era y lo que no era. Como en su momento la calle también se le puso caliente por su paquetico neoliberal, ahora volvió a decretar el toque de queda, esta vez por razones sanitarias y, de paso, lanzó el mismo fardo de medidas que había sido rechazado solo que con algunos cambios cosméticos y nuevos argumentos disfrazados de contingencia por coronavirus.

Pero cuando pensábamos que el mandatario ecuatoriano había mostrado todo su potencial de político inepto, aparece la Covid-19 y le desata una crisis sanitaria de proporciones dantescas. Ni en los peores sitios donde el virus se había salido de control, se vieron escenas como las que le dieron la vuelta al mundo de familias conviviendo varios días con sus difuntos, cadáveres en plena calle abandonados a la buena de Dios, gente incinerando muertos en la vía pública de forma rudimentaria, desesperación y caos. Pero el presidente tuvo la fantástica idea de no aparecer por allí y en sus contadas comparencias públicas decidió culpar a la ciudadanía de no acatar las medidas gubernamentales. Instruyó a sus subordinados a decirle a los cuatro vientos que en Guayaquil —allí donde la crisis se hizo más aguda y se dieron las penosas escenas— no se quemaban

muertos en la calle, sino sillas o llantas de auto a modo de *fake news* promovidas por el correísmo.

El expresidente Rafael Correa se coronó como el chivo expiatorio de Moreno, el culpable de todo lo malo que sucedía durante su gestión. La Covid sirvió también para, de paso, en medio de la cuarentena, llevar a término el juicio contra Correa y Glas, con resultado de sendas condenas inculpatorias contra sus adversarios. En el caso de Glas era el segundo juicio, esta vez por el mismo caso «Sobornos» que se le imputaba a Correa y, por tanto, a los seis años de encierro que ya cumplía por el caso Odebrecht, se le sumaban otros ocho dictados en la más reciente sentencia. Finalmente, quedaron inhabilitados políticamente por largo tiempo, que era más importante que ponerlos tras las rejas. Resulta comprensible tal bajeza, porque era muy poco probable que Lenín Moreno sobreviviese como político a la peor de sus crisis dentro de la penosa situación en la que yacía su mandato. Por lo que, si no iba a poder repetir en el cargo, al menos tenía que garantizar que su oponente tampoco volviese al ruedo.

Un texto escolar que merece correcciones

En los tiempos más duros de la Covid-19 parecía haber una competencia global por llevarse el premio a la peor gestión de la crisis sanitaria. Mientras algunos como el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, y el de Brasil, Jair Bolsonaro, levantaban las críticas mayores por el tamaño de sus ineptitudes, lo disparatado de sus reflexiones públicas en torno a la pandemia y sus desacertadas decisiones, otros actuaban con peor saña en la más absoluta reserva. Era el caso de Lenín Moreno, dispuesto a aprovechar la contingencia sanitaria para ponerle fin a todos sus asuntos pendientes con el Fondo Monetario Internacional.

Moreno había encontrado en la situación generada por el nuevo coronavirus la excusa perfecta a todos sus problemas. La economía ecuatoriana se desplomaba, como la de todo el mundo, matices mediante, y había que «salvarla». Curiosamente no mostraba la misma compasión por los que agonizaban y morían a causa de la enfermedad infecciosa. La provincia de Guayas, con su hasta ayer turística capital guayaquileña convertida en una especie de cementerio público, aún espera una respuesta sentida por parte del mandatario, que se resistió todo el tiempo a siquiera aceptar la dimensión de la catástrofe.

En poco más de dos meses y medio de conocido el primer caso de contagio en territorio ecuatoriano, el gobierno lanzó un segundo grupo de medidas de «enfrentamiento» y en este, como en el anterior paquete, hubo un balance desleal al ámbito

sanitario que favorecía con creces el cacareado rescate económico. El presidente se asesoró muy bien y de antemano decretó otra vez el Estado de Excepción, prorrogado por varios meses, una carta esencial para anular toda expresión de descontento social en las calles que pudiera surgir de sus iniciativas. En resumen, todos obligatoriamente guardados en casa «por la pandemia» y el ejecutivo sacando de las gavetas todos aquellos decretos rechazados por la ciudadanía y dándole luz verde de un plumazo.

En palabras simples, oportunismo del más bárbaro y con la peor de las justificantes. Si bien era cierto que la economía saldría muy mal parada del trance pandémico, ya iba mal antes de aparecer el coronavirus. Cada una de las medidas anunciadas en esa etapa, se correspondieron con disposiciones de los acreedores, las conocidas exigencias que hace el FMI a cambio de «generosos» préstamos de millones de dólares.

Tal era la subordinación de la actual administración ecuatoriana a las instituciones financieras internacionales, que priorizó pagar algunos tramos de deuda antes que destinar esa suma a insuflar su frágil sistema de salud, colapsado en grado superlativo. Quiso, incluso, vender esa iniciativa como exitosa, porque generó «la confianza necesaria» para nuevos estímulos fiscales, o sea, más dinero a deber que acarrearía más recortes a futuro. El círculo de muerte de nunca acabar.

Para que se tenga una idea de lo inescrupuloso de sus ajustes, metió entre col y col la misma medida que causó el estallido social en octubre de 2019, por el cual tuvo que hasta abandonar el Palacio de Gobierno y escudarse fuera de la capital para no ser linchado por indígenas y otros segmentos poblacionales indignados con la eliminación a los subsidios de los carburantes. Ahora la presentaba con más optimismo e intentaba confundir:

«una baja en el precio del combustible». Dicho así, lucía plausible, pero lo cierto era que traía «regalo» sorpresa.

Técnicamente, con la disposición gubernamental, había un descenso en el precio de gasolina, diésel y demás derivados del petróleo, pero en la práctica, se liberalizaban los precios en determinación de la fluctuación del mercado, lo mismo que se pretendía en el octubre siniestro. El anuncio vino acompañado de su dosis de sarcasmo. En ese minuto, la tasa internacional del crudo era baja, de hecho, se había venido recuperando un poco después de haber estado en números negativos, lo cual indicaba que el precio fijado para los ecuatorianos sería el que se informó como «bajo».

Era el momento «conveniente», según Moreno. ¿Y qué sucedería mañana cuando el precio se disparase? El presidente acallaba temores con que establecía márgenes de variación de un 5% y si se afectase algún sector en particular habría un subsidio «focalizado». El trabalenguas quería decir que era la misma medida de antes de la Covid-19, con lo cual no tenía nada que ver con la coyuntura y sí con las presiones externas. Además, el contenido del decreto era prácticamente un calco del inicial, con adecuaciones mínimas para no irritar en idéntica magnitud y la gran diferencia era el cuidadoso ejercicio de comunicación política que había llevado la presentación esta vez de lo determinado en materia de precios y combustibles.

Este tema se hizo acompañar de otras decisiones drásticas como la reducción de la jornada laboral. Y de nuevo la cosa no era lo que parecía. No se trataba de cuidar a los trabajadores, permitiéndoles quedarse más tiempo en casa; trabajar seis horas en lugar de ocho les haría cobrar seis horas en lugar de ocho, con lo que a todas luces el beneficio no recaía en la clase obrera, sino en los que pagaban. Menos salario para unos y cero dólares

para otros, los que cayeron en el saco de despidos masivos. Cierto que nadie en su gabinete había mencionado literalmente «despidos masivos» pero, ¿qué significa cerrar aerolíneas, ferrocarriles, correos y unas diez empresas públicas en total, sin ninguna coletilla de indemnización o solución a corto plazo para los afectados? Entraron en este grupo también funcionarios del servicio exterior con el cierre de embajadas y la reducción del personal diplomático en otras legaciones. Poco a poco complacía a los amantes del sistema económico neoliberal: Estado reducido a su mínima expresión.

Le antecedieron a este pliego de extorsiones al sector público, legislaciones con nombres eufemísticos como la *Ley de Apoyo Humanitario*, que sentó las bases para lograr presuntos acuerdos entre empleados y empleadores que, siguiendo la línea trazada hasta el momento, bien se podía definir quién saldría ganando en esta aparente conciliación.

Mucho antes de la pandemia, Moreno había pedido a su masa trabajadora el aporte de un mes de trabajo; luego, de un porcentaje de su salario, para finalmente invitar a un esfuerzo más: la contribución del 5% de las ganancias de las empresas con más de un millón de dólares en utilidades y el mismo impuesto a los ciudadanos con sueldos mayores a 500 dólares, cuando el salario mínimo estaba fijado en apenas 400 dólares. Millonarios y trabajadores promedio medidos con la misma vara.

Para que todo no pareciera tan extorsivo, él mismo se redujo el salario de más de 5 000 dólares a la mitad y con él a toda su camarilla de gobierno. También hubo gestos piadosos como el bono a familias vulnerables, ascendente a 60 dólares, que había que multiplicar por arte de magia si se quería acceder a una canasta básica cuyo costo superaba los 700 dólares. Y el otro guiño de «buena voluntad» fue hacia el sector sanitario, prome-

tiéndole que saldría ileso de los recortes. ¡Faltaría más! Quitarle sería mucha desvergüenza cuando los recursos existentes eran extremadamente insuficientes para frenar la propagación de la epidemia y asistir a los infectados.

Y en medio de todo este panorama de carencias y más vueltas de tuerca a un tornillo ya bastante oxidado, apareció Lenín Moreno en un texto escolar, donde se le definía como «ejemplo de solidaridad». Haciendo honores a la verdad, el libro se editó antes de que fuese presidente, cuando se las daba de incondicional a la Revolución Ciudadana, cuando elogiaba a los médicos cubanos y los invitaba a ser parte de la Misión Manuela Espejo de ayuda a personas con discapacidad, no como ahora que los expulsaba de su país y era incapaz de rectificar su decisión en medio de una crisis sanitaria que exigía la cooperación de todos. En aquel entonces decía creer en la integración regional y sus amigos eran líderes con proyección progresista, ahora era socio faldero de Estados Unidos y le daba la espalda a otrora aliados. El escrito de loa a Moreno se insertaba en el acápite de «Cultura del buen vivir: la convivencia social y los aportes», un texto que de pronto distaba mucho de la realidad si se juzgaba el actuar del Lenín Moreno gobernante.

Un puesto de mal augurio

En tres años de gobierno Lenín Moreno pasó por tres vicepresidentes. A mediados de 2020 estrenó el cuarto y volvía a emerger la pregunta de si su más reciente segunda mano llegaría a final de mandato, previsto para mayo de 2021 o, al menos, hasta la primera ronda electoral de febrero de ese año, para no ponerle la meta tan lejana, porque definitivamente parecía este un puesto de mal augurio.

Primero estuvo Jorge Glas, su compañero de fórmula, juntos fueron elegidos para suceder a Correa y continuar el proyecto de país. Pero Moreno le jugó una mala pasada a su primer vice y lo mandó tras los barrotes para quitarse a un correísta de encima y enfilarse el barco de su gobierno con la proa orientada al norte.

Después, le salió por la culata el tiro de la segunda elegida para el cargo. Si bien María Alejandra Vicuña era santa de su devoción, la funcionaria terminó envuelta en escándalos de corrupción real, no de la inventada para procesar a Glas, y Moreno se vio obligado a cesarla. En enero de 2020, Vicuña fue procesada y declarada culpable por concusión, lo que se traduce en exigir dinero a, al menos, tres colaboradores de la Asamblea Nacional, mientras era legisladora. La sentencia, aunque bastante atenuada si se compara con la cantidad de años que cayeron sobre su antecesor Jorge Glas, incluyó un año de cárcel y un pago por concepto de indemnización.

Luego vino el que parecía el definitivo: Otto Sonnenholzer. Nada más lejos de la realidad, pues el joven político con aval impecable abandonó el barco diez meses antes de cumplir con sus compromisos como parte de la dupla de gobierno. Si bien le acechó todo el tiempo la sombra de la corrupción como a sus predecesores, sorteó con éxito las amenazas y las mantuvo a buen recaudo, jamás lograron traspasar la barrera de la simple duda. Sonnenholzer esgrimió razones personales para salirse del cargo, pero entre líneas dejó clarísimas sus ambiciones, ahora iba a por la máxima silla, después de saborear de cerca el poder. Se vendería como presidenciable, y para asegurar el triunfo, debía desmarcarse cuanto antes de una gestión tan podrida como caótica, a cargo de Lenín Moreno.

La vice de turno volvió a ser otra mujer, María Paula Romo, reciclada antes en varios puestos de no mucha envergadura y la de menores posibilidades a simple vista dentro de la terna propuesta por Moreno a la Asamblea para que se eligiese a la opción ¿definitiva? La pésima imagen que rodeaba a la gestión oficialista terminó por impactar negativamente en Romo y Juan Sebastián Roldán, los candidatos que compitieron con María Alejandra Muñoz, investida finalmente como la nueva mano derecha del presidente. Particularmente, Romo vio caer en picada su popularidad por sus comentarios y acciones en torno a la crítica situación que provocó la pandemia en Ecuador y terminó siendo destituida por la Asamblea en un juicio político.

Muñoz tenía un perfil más discreto, no contaba con filiación política y su experiencia como servidora pública se circunscribía a la asesoría jurídica y técnica en administraciones anteriores. Dentro del equipo morenista comenzó por subsecretaria de la Agenda Presidencial para luego ser promovida como directora general del Servicio Nacional de Aduana, sin dudas, lo más

notorio de su carrera hasta entonces. Allí tuvo que sortear un escándalo de corrupción del que salió ilesa, relacionado con la importación de vehículos con exención tributaria. La compra de autos libres de impuestos se les facilitaba a personas que presentaban un carné que los acreditaba como discapacitados, y resultó que las importaciones se dispararon en un año y se descubrió que una buena parte de los documentos que se presentaban para la operación eran falsos.

Una vez investida como número dos de la presidencia ecuatoriana no sobresalió demasiado. Dijo haber sido mandatada para atender a los más vulnerables dentro de los afectados por el coronavirus y centró su labor en los niños con enfermedades crónicas. Desde su cómodo accionar discreto y sin ningún escándalo a la vista, se pintaba como la última en la carrera con relevos en la que se había convertido la vicepresidencia del Ecuador.

Después de completado el *staff* por cuarta ocasión, las aguas siguieron turbulentas y por encima del nivel. Desde la asunción de Moreno, el país permaneció bastante dividido, primó la inestabilidad política, las renunciaciones de funcionarios públicos, las protestas populares por paquetazos económicos, el descrédito hacia la élite en el poder, la cruzada contra el correísmo y, para coronar la crisis, la Covid-19 dio el toque de gracia a una gestión en franca decadencia.

El cerco a Correa

Que Rafael Correa volviese de a lleno a la alta política ecuatoriana tenía pocas, para no decir nulas, probabilidades. Se trataba de enfrentar una carrera con obstáculos en la que el expresidente, como competidor, llevaría los ojos vendados y el contrario le pondría más zancadillas que las habituales. Había una razón clara para ello: la fuerza que le era adversa, una vez investida con el poder real y desenmascarada la traición, jamás cedería fácilmente a caer de su trono y usaría todos los medios posibles para evitar siquiera la competición electoral.

En este empeño resultaba esencial el dominio de las instituciones pertinentes, básicamente, las judiciales y comiciales, para anteponer impedimentos «legales» a cada intento del contendiente por recuperar el poder ultrajado. Eran los métodos, digamos, modernos que, en este siglo en que se presumía tanto de democracia, se habían manejado para confundir a la opinión pública y fabricar procesos judiciales exprés siempre que se quería arruinar la imagen de algún político con evidente madera de líder. Sucedió con Lula en Brasil, con la Kirchner en Argentina, con Evo en Bolivia —aunque al presidente indígena le jugaron al golpe duro y blando a la vez— por citar los casos cercanos en tiempo y espacio. Y ahora se repetía la historia con Correa.

Lo primero fue forzar el exilio para el hombre que impulsó la Revolución Ciudadana y popularizó el término de «socialismo del siglo XXI». A pesar de que residir en Bélgica fue una

decisión personal-familiar después que abandonó la presidencia del Ecuador, órdenes de captura por sendos procesos penales le prohibían poner un pie en suelo ecuatoriano. Se convirtió así en un perseguido político, lo cual no lo hizo desistir de devolverle a sus ciudadanos un ápice del proyecto de país que concibió durante sus mandatos y que fue truncado por la perfidia cometida por Lenín Moreno.

A medida que se acercaba el comienzo del proceso electoral ecuatoriano de cara a los comicios de 2021, el círculo se le cerraba cada vez más a Correa y los impedimentos se volvían muros infranqueables. El expresidente no dejó de apostarle a sus últimas cartas. El escenario podía compararse con el de un juego de póker, cuando pensaba que tenía la mejor partida para ganarle a las mañas jurídicas de su contraparte, le sacaban una «mano» insuperable.

Primero quiso presidenciarse por cuarta vez, una opción muy a su pesar porque había decidido alejarse de la política; de haber querido prorrogarse en el poder, lo hubiera podido hacer sin problemas en las mismísimas presidenciales de 2017, había tejido el camino legal y constitucional para ello. Volvía ahora para enmendar su propio error: dejar el país en manos de Moreno. Aquí vino la primera zancadilla: el heredero renegado sometió a referendo la reelección indefinida para impedirle a Correa la posibilidad de volver a ser cabeza de Estado. Después, el expresidente le apostó a un escaño parlamentario y surgieron dos causas judiciales: una por secuestro de un opositor y otra por sobornos al estilo Odebrecht. Ambas causas repletas de manipulaciones y escasas de evidencias probatorias.

Quiso entrar al país a demostrar su inocencia y plantarles cara a los enemigos, pero le esperaban esposas y grilletes para apresarlos. Al no comparecer a la justicia presencialmente se le

consideró prófugo. Fundó un movimiento para aglutinar a los de Alianza País que se decepcionaron como él del lobo con piel de cordero y lo proscribieron para que no pudiese competir en los comicios bajo esa bandera política; se afilió a otra fuerza ya creada e intentaron la misma jugada de inhabilitación.

Finalmente, hizo parte de una coalición para poder inscribir candidatura y le exigieron personarse para la nominación y así poder proceder a su arresto. Curiosamente, en medio de la pandemia de la Covid-19, todo trámite en Ecuador y en el resto del mundo se realizaba de forma virtual, todo de manera *online* menos para Correa. ¿Por qué la excepción?

Seguía latente la opción de buscar un asiento en el legislativo por las circunscripciones en el exterior, en su caso, optar por la de Europa o Asia. Pero ante ello saltó cierta jueza a decir que su sentencia de ocho años por el caso «Sobornos» ya estaba «ejecutoriada», es decir, que era un fallo en firme después de agotadas las vías jurídicas. Sin embargo, la defensa argumentó en ese momento que se trataba de otra artimaña porque aún el proceso se encontraba en el estadio de casación, un último recurso para revertir el curso del juicio.

La opción última era volver como candidato a vicepresidente de un joven y prácticamente desconocido exministro suyo, Andrés Arauz, que ahora se lucía como aspirante a mandatario. Inteligentemente, la fuerza política que le respaldaba entendió que había que tener un plan B porque la pelea era dura. Entonces, Arauz se presentaría con dos opciones de fórmula: Correa y, si no procedía, Carlos Rabascal como compañero de candidatura. Ser parte del binomio presidencial quedó en mera aspiración, porque para malograrlo se conjugaron todos los impedimentos reseñados hasta aquí.

Ya lo afirmó el propio Correa: «trabas, trabas y más trabas» para cerrarle todas las puertas de Carondelet, la Asamblea y hasta de la más pequeña oficina relacionada con la política ecuatoriana. Y no ha terminado la cacería con su imposibilidad de volver a la política, sino que le queda pendiente sortear la primera condena que ordenaron ejecutar desde Quito y por la cual fue notificada hasta la Interpol para que procediera a su captura. Le queda únicamente perseverar y denunciar las ilegalidades y manipulaciones en torno a su caso, pero sobre todo movilizar y preparar políticamente a sus seguidores para heredarles la defensa de su proyecto político y socioeconómico ahora frustrado por el poder usurpador, y no equivocarse de nuevo con el o los elegidos para depositar el legado.

Un presidente camaleónico y una presidencia de papel

Lenín Moreno no buscará la reelección en febrero de 2021. Al menos una decisión juiciosa en medio de su avalancha de desastrosos. No podría ser diferente tampoco. Si hubiese ido a por la segunda presidencia consecutiva, los resultados para su campaña iban a ser desastrosos, si se quiere hasta en números negativos, por someter al Ecuador a cuatro años de una pésima, lastimosa, pobre y quejica (in) gobernanza. Sobre todo, el último calificativo, porque gastó su tiempo y el preciadísimo tiempo de los ecuatorianos en quejarse de lo que había heredado: «una emboscada», dijo en las postrimerías, «la típica emboscada que suelen tender los socialistas del siglo XXI para quienes le suceden en el poder, una emboscada para hacer que fracase».

Por primera vez, al menos, se desmarcaba públicamente de los socialistas, no era el camino que prefería, pero ¿por qué no sincerarse desde el principio con sus votantes? Por primera vez, al menos, había escrito su propio obituario en el que reconocía haber fracasado, aunque fuese al final de una cadavérica gestión.

Vergüenza debería haberle dado tener el nombre del hombre que lo ubicó allí en lo más alto como muletilla cansona para usarlo de justificativo de lo que no había, se perdió, se robaron, de lo que a la postre habían sido sus propias incapacidades. Si Ecuador está al término de su mandato en una profunda

recesión, si estuvo a punto de perder hasta la dolarización de su economía que 20 años atrás fue la tabla salvadora, si la penuria resiente cada vez más el tejido social, si el Estado está en ruinas, si el sol no asoma allí donde solía ser más fuerte y todo parece una noche eterna, no es culpa de Rafael Correa, sino de la inoperancia crónica de un presidente lamentable.

Aun cuando Correa hubiese saqueado realmente hasta el último centavo de las arcas del país, tocaba a su sucesor traidor —porque no hay otra palabra para quien te abraza y alaba el día uno de la investidura y te condena y ofende al siguiente— lucirse como el súper jefe de Estado capaz de revertir lo mal hecho. Peor debió pasarlo Gustavo Noboa cuando asumió las riendas de la nación en el 2000, un año de verdadera gran crisis económica.

Moreno no ha sido ni el primer mandatario ni el último en recibir un país en crisis. Pero seguramente sí pasará a la historia como el único que se ha cruzado de brazos para no hacer absolutamente nada más que gimotear y culpar al de antes. Lo más que pudo fue estirar la mano y pedir prestado, endeudarse hasta el cuello y dejarle los pagarés al siguiente. Así de estéril fue su mirada hacia lo doméstico, mientras se dio a la tarea de poner todo el empeño —empeño que tampoco llegó a concreción— en un acuerdo comercial con Estados Unidos o ingresar a la Alianza del Pacífico.

Donde sí triunfó fue en sacarse de en medio al que convirtió en su enemigo, otrora padre político, para que no pudiera volver, no ya a la política, ni siquiera al país. Venció además en su tarea de desmoronar un partido de izquierda que había estado a la cabeza y con una fortaleza sin igual por cerca de 15 años. Porque Alianza País llega a las elecciones de 2021 con sus fuerzas menguadas, sus principales figuras bajo otras ban-

deras, su credibilidad en entredicho, sus cartas flojas, su fórmula a las presidenciales: Ximena Peña y Patricio Barriga en desventaja. Lo peor es la división acentuadísima del partido; la dupla Peña-Barriga afirma no ser la oficial, es decir, que no cuenta con el respaldo de Moreno, quien aún lidera la organización política.

«Una presidencia de papel», así la han catalogado los que todavía son parte de las filas oficialistas, ni qué decir lo que piensan los ciudadanos, esos a los que le aumentó el IVA (Impuesto sobre el Valor Agregado), a los que dejó sin empleo o recortó el salario a fin de mes, esos que ven como el Instituto de Seguridad Social tiene un déficit mil millonario que puede dejarlos sin pensión cuando les llegue el turno de cobrarla, esos que vieron morir a sus familiares en casa ante el colapso sanitario que derivó de la pandemia, pero cuya responsabilidad fue exclusivamente de la administración morenista que permitió que se le desbordara la situación con su manejo tibio.

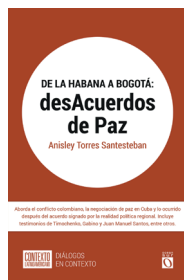
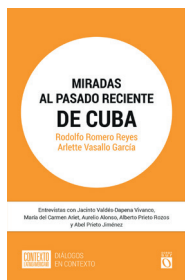
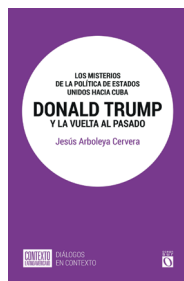
Son muchos más los reproches de los ecuatorianos, mucha la indignación y más grande aún la decepción que este vendido al mejor postor les provocó. Máxime cuando aquel 24 de mayo de 2017 prometió villas y castillas con su Plan Toda una Vida, y ya de salida, si acaso unas cuantas viviendas entregadas y alguna que otra obra social inaugurada para no pasarse con ficha. Y a la educación que prometió potenciar, recortes asfixiantes; para mayo de 2020 ya se contaba con 98 millones de dólares menos, cuya pérdida impactaría negativamente en 32 centros docentes, entre universidades y escuelas politécnicas públicas.

Al menos 15 consejeros presidenciales desfilaron por las oficinas cercanas a las de Lenín y se hizo acompañar por cuatro vicepresidentes en menos de cuatro años. En su gabinete, también se han movido suficientes fichas entre despidos, eli-

minación de carteras o creación de puestos fantasmas en una estructura de gobierno nunca antes vista que lo único que permitió fue que el presidente se mantuviese ocioso y siguiese responsabilizando a otros de lo que verdaderamente debía asumir.

Lenín Moreno ha deshonrado la confianza de los ecuatorianos que le brindaron su apoyo y papeleta. Dijo que sería el presidente de todos y ni gobernó para los que le votaron, ni gobernó para los contrarios. Ha sido un presidente débil y camaleónico, al que hubo que leer demasiado entre líneas porque se ha mostrado incapaz de encarar sus propias decisiones. En cambio, ha generado las condiciones para que la derecha recupere terreno y llegue envalentonada a las presidenciales que se realizarán el 7 de febrero de 2021. Unos comicios que al seguro tendrán dos vueltas para la elección definitiva por la pluralidad de aspirantes —en el período de inscripción, unos 17 binomios han presentado la documentación, aunque se habían aprobado inicialmente solo 13—, por el hastío popular de la gente frente a la cúpula política y por la falta de candidatos fuertes con propuestas convincentes que revirtiesen el agujero negro en el que se encuentra hoy Ecuador.

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO

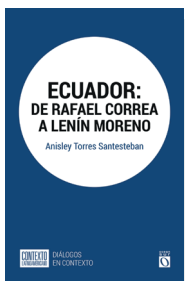


Entrevistas con Gabriel Sagor, Juan Vilera, Luis Rando Barrios, Guillermo Cabrera Infante, José Ignacio López Vega, Pedro Miguel, Julio García Lora, Silvio Cárdeno, Álvaro Sotillo, Néstor y Alicia Fernández-Balboa.

Entrevistas con Jacinto Valdez Ospina-Vicario, María del Carmen Arost, Aurora Albino, Alberto Prieto Rizzo y Elías Prieto Jiménez.

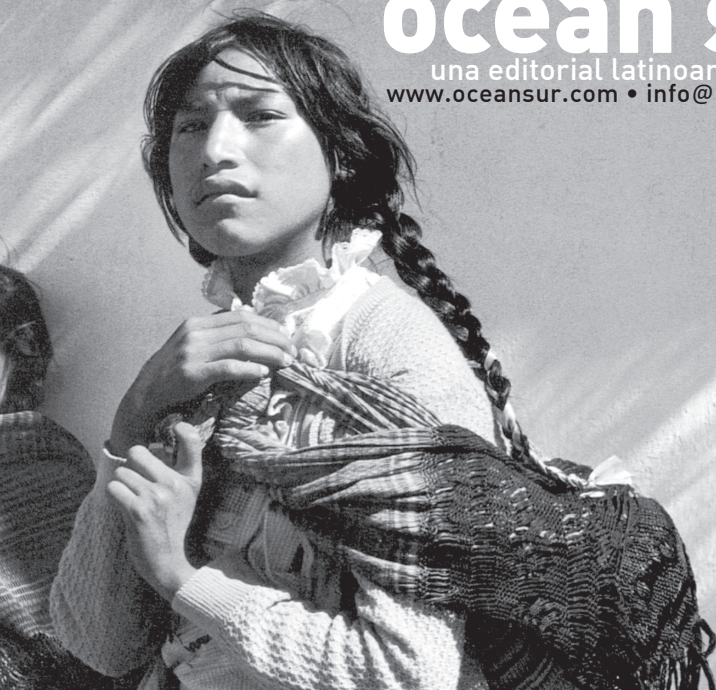
JUVENTUD LATINOAMERICANA
DIALOGA CON FERNANDO MARTÍNEZ HERRERA

Abierta al conflicto colombiano, la imposición de paz en Cuba y la economía después del acuerdo signed por la realidad política regional. Incluye entrevistas de Francisco, Salazar y José Manuel Torres, entre otros.



ocean sur

una editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com



Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

ECUADOR: DE RAFAEL CORREA A LENÍN MORENO

Mientras Rafael Correa priorizó la reinstitucionalización de país, cambió la Constitución, ganó más de una decena de procesos electorales, se legitimó dos veces como presidente y salió airoso de un intento de golpe de Estado; su supuesto «continuador», Lenín Moreno, deshonoró la confianza de los ecuatorianos que le brindaron su apoyo en el proceso electoral.

Este libro, editado por Ocean Sur, contiene 11 artículos de la periodista cubana Anisley Torres Santesteban que realizan un análisis crítico de los periodos de gobierno de ambos mandatarios. Una minuciosa lectura confirmará la tesis que enarbola su autora: «El Ecuador de Rafael Correa y el Ecuador de Lenín Moreno son dos mundos distintos en una misma porción de tierra».

